95
Enero - Marzo 2006
Revista de la Fundación Vida Silvestre Argentina

Vida Silvestre

www.vidasilvestre.org.ar

Precio $ 5 - ISSN 0326-3681

Situación Ambiental

Papeleras Biodiversidad Tiburones Franciscana Tarumá
Juan B. Ambrosetti Urraca Azul Diamante

Coleccionable
Cráneos de mamíferos de la estepa patagónica



La conservación

©WWF - Canon / James Frankham

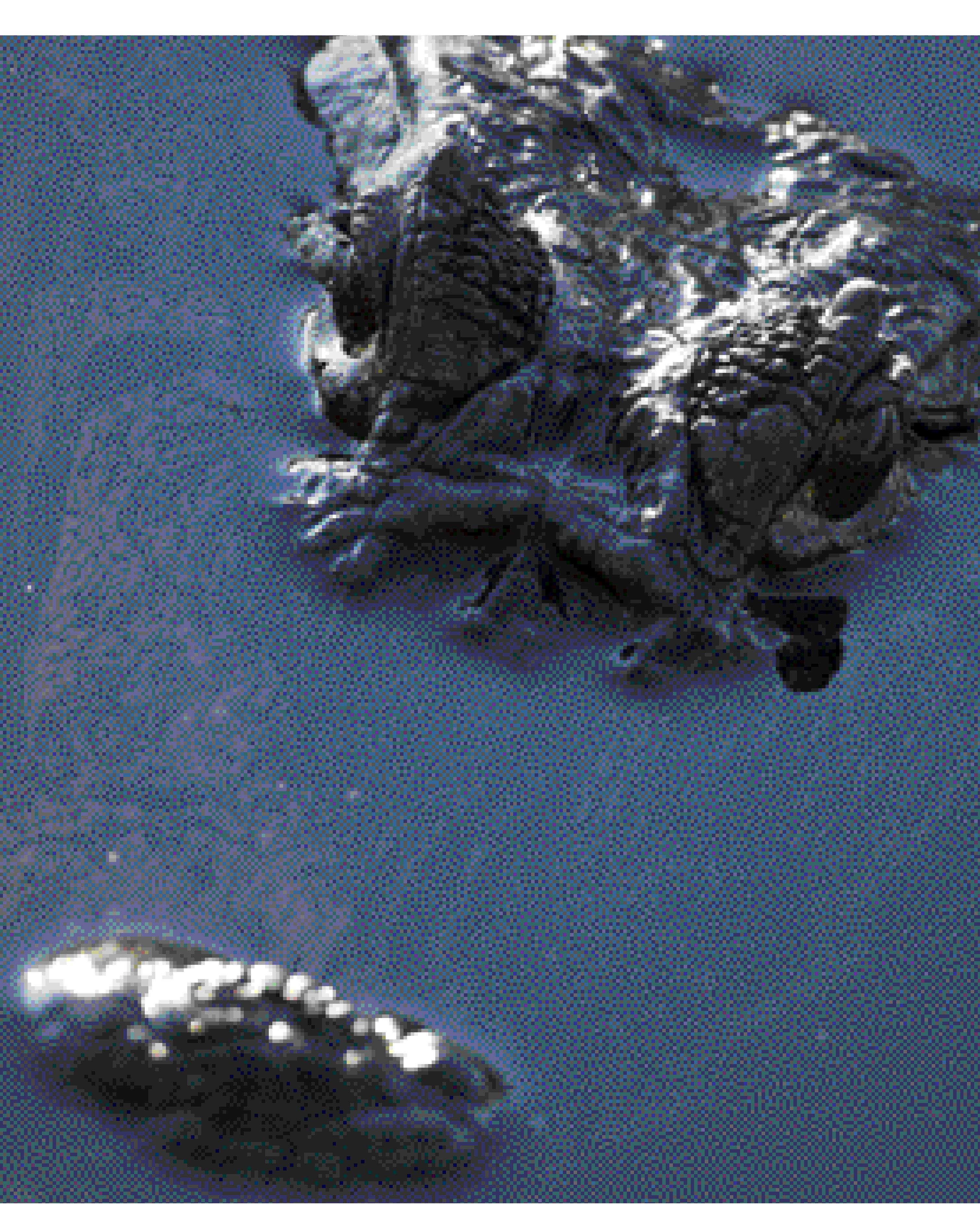


DE LA CORDURA

Por Claudio Bertonatti

Uno de los neologismos más fuertes del ambientalismo es “biodiversidad”. Si bien se la menciona copiosamente en los ámbitos especializados, sus características, valor e importancia siguen siendo poco conocidos a nivel popular. Mientras tanto, la riqueza natural se va perdiendo. ¿Nos tomamos unos minutos para pensar juntos sobre esto?

Fotos James Frankham



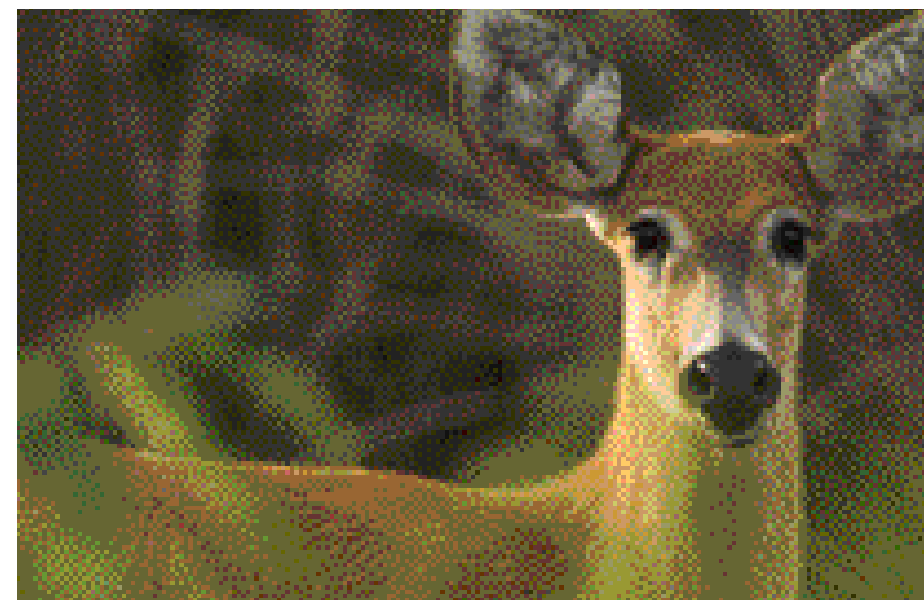
Arranquemos con un garrotazo: la reciente encuesta ambiental publicada en "La situación ambiental argentina 2006" muestra que la extinción de especies silvestres preocupa a menos del 5% de la población argentina. ¿Qué tal? ¿Cómo remontamos esto?

Cualquier diagnóstico ambiental pondría de manifiesto que los ecosistemas silvestres se están reduciendo en superficie y empobreciendo en calidad. En otras palabras, cada día quedan menos ambientes naturales y cuando los recorremos están más vacíos. Los vamos simplificando, "desflorando" y "desfaunando", como diría el ecólogo Jorge Morello. Dejamos en la naturaleza un equivalente a un sitio arqueológico. Y ese es el resultado de la suma de impactos negativos de diversas actividades humanas. Actividades que necesitamos desarrollar, pero que –si dejan ese resultado- desarrollamos mal. Entonces, pese a que ese conjunto de ecorregiones, ecosistemas, especies y subespecies (con su variedad de formas genéticas) -que llamamos biodiversidad- encarna el componente más maravilloso y distintivo de nuestro planeta en el contexto del universo, lo vamos desangrando y de un modo casi inadvertido. Por eso, la riqueza natural es el gran pasivo del siglo XXI y la diversidad biológica, uno de los paradigmas más impactantes de lo que tenemos y de lo que vamos perdiendo.

¿Desarrollo a costo cero?

Hay reglas de juego básicas en lo que hace a la relación entre el desarrollo y la biodiversidad. Pero no suelen reconocerse. Seguramente, el primer principio que rige esa relación podría enunciarse como "nada es gratis". Es difícil imaginar un modelo de desarrollo que no afecte al medio natural y, en particular, a uno de sus componentes más frágiles: la diversidad de organismos vivos. Tampoco cabe imaginar medidas de protección de esos seres sin costo económico. La realidad es que para progresar hay que desarrollarse. Para sacar a los pobres de las garras de la marginalidad no hay soluciones fuera del desarrollo socio-económico. Lógicamente, no cualquier desarrollo, sino aquel que exprese mejor una fórmula que resulte en el mayor bienestar con el menor impacto ambiental posible. Pero, así y todo, por más sustentable que sea siempre tendrá un costo. No existe desarrollo a costo cero (aunque volvamos a las cavernas). Por consiguiente, una posición razonable nos llevaría a apoyar el crecimiento económico -dentro de un modelo de sustentabilidad- aceptando que, por algún lado,

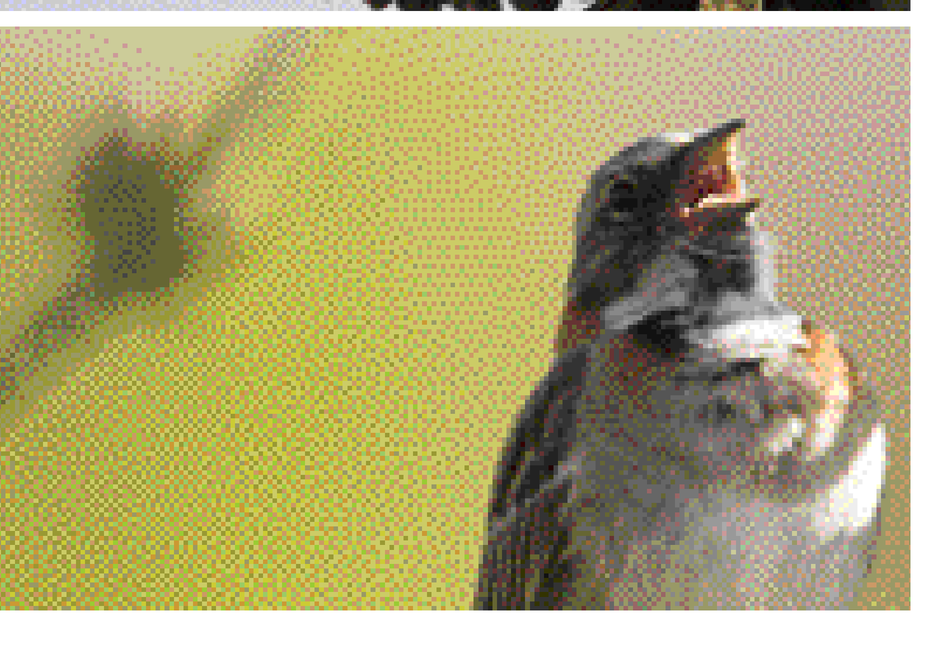












la naturaleza se verá perjudicada. Pero el hecho que se vea damnificada no implica que no podamos hacer algo para remediar o aliviar ese perjuicio. Para eso existen, por ejemplo, las evaluaciones de impacto ambiental: para predecir las consecuencias -buenas y malas- de todo emprendimiento. Es ahí donde debería, entonces, entrar en acción un plan para evitar impactos innecesarios, minimizando y compensando los impactos negativos ineludibles.

El ambientalismo evoluciona

Como no hay fondos ilimitados (y menos para el tema ambiental), debemos pensar como un general en tiempos de guerra, sobre tres áreas de acción: política, táctica y estrategia. Esto, para saber dónde aplicar con mayor eficiencia los pocos recursos, dónde, cómo, cuándo, por qué, para qué y con quién. Es aquí donde –desde el ambientalismo- se está tratando de correr el eje de la preocupación pública. Es que la mayoría de las personas cultivan más la sensibilidad que la conciencia por estos problemas Durante las últimas décadas, por ejemplo, quedó claro que la opinión pública vuelca más su preocupación hacia las especies amenazadas (como el yaguareté, las ballenas, el huemul, el venado de las pampas) que hacia los ambientes naturales que ellas necesitan para vivir. Hoy, la gravedad de los tiempos que corren exige operar sobre otra escala o enfoque. Y con esto no hay que interpretar que no sea necesario preocuparse por la suerte de las especies, sino que resulta más inteligente ocuparnos de conservarlas desde el nivel de ecosistemas y ecorregiones. Es que si un ecosistema está amenazado, también lo estará todo lo que él contenga, que es mucho más que una especie y un puñado de individuos o poblaciones de ella.

Esta visión motivó cambios en el diseño de los proyectos de conservación. Ya no se busca tanto ayudar a unos pocos ejemplares del amenazado oso hormiguero en el terreno, sino identificar y conservar las áreas más valiosas del Gran Chaco Americano que concentran los mayores números de especies y que cumplen funciones ecológicas notables.

Por eso, ahora los recursos están más orientados a identificar las áreas más valiosas -que habría que proteger- de pastizales, bosques, costas y selvas que a seguir trabajando (como tanto se hizo en el pasado) con foco en las poblaciones de especies amenazadas. El cambio de escala fue gradual y, de hecho, se sigue trabajando también sobre especies con problemas, porque los esfuerzos

se complementan. Muchos recordarán que -hacia fines de los años 70 y principios de los 80- la atención estaba puesta, por ejemplo, sobre el venado de las pampas, el huemul, el aguará guazú o el macá tobiano. Pero, hacia los 90 la preocupación se extendía hacia sus ambientes naturales y a partir del 2000, hacia sus ecorregiones. Es que ya no hablamos de especies amenazadas, sino de ecosistemas y ecorregiones amenazadas. Esta visión implicó aunar esfuerzos con los países que comparten los mismos escenarios naturales. Proyectando a 10, 50 ó 100 años los promedios anuales de desaparición de ecosistemas silvestres se evidenció que era necesario identificar los lugares más valiosos que habría para proteger y también que interconectar, evitando que vayan quedando como islas en un mar de desolación. Así, surgió la idea de los corredores biológicos, como “el corredor verde”, que no es otra cosa que una gran franja de selva bajo uso cuidadoso que conecta las áreas protegidas de la selva misionera.

Sin embargo, este viraje ambientalista tiene una debilidad: la sensibilidad pública tiene mayor compasión hacia los individuos que las especies y, a su vez, por las especies que por los ecosistemas. En definitiva, resulta más fácil convocar apoyo (moral y económico) para salvar a un ejemplar de mono que sufre las penurias de un cautiverio ilegal que para proteger una porción de selva (que obviamente concentra muchos más primates, entre miles de otras formas de vida). Ya lo dijo Pascal: la razón tiene razones que el corazón no razona.

Pero, a no desalentarse: se inventó algo para contrarrestar esta debilidad: las “especies bandera”, que se enarbolan para defender porciones de su hábitat y una multitud de otras especies menos (o nada) emblemáticas. Esta suerte de “tiro por elevación”, usa como arma a las especies más carismáticas como “paraguas” que extienden su sombra protectora sobre muchas otras formas de vida cuya suerte no suele conmover a nadie. Y cuando esto funciona se traduce en nuevos parques nacionales o provinciales, con nuevos corredores biológicos. Así que –como sucede con muchos campos de la vida- la conservación requiere de un importante dinamismo conceptual.

Tenemos una gran biodiversidad

Cuando leíamos “La isla del tesoro” nos emocionaba saber que había muchas joyas por descubrir, enterradas, ocultas y a salvo de los piratas. Pero nuestras joyas naturales no han sido todas



Números y datos

- 360 las áreas naturales protegidas en el país, que suman cerca de 20.000.000 de hectáreas (poco menos del 7% de la superficie argentina).
- 60-80.000 las toneladas de sábalos pescados en los ríos de la Cuenca del Plata (sin planes de manejo).
- 5.000.000 los turistas que visitaron los parques nacionales patagónicos sólo durante los últimos ocho años.
- 40.000 las hectáreas prístinas que quedan de la selva misionera.
- 250.000 las hectáreas de bosques y selvas que se desmontan por año en el país.
- 10.000.000 las hectáreas incendiadas anualmente en la ecorregión del Monte.
- 2 a 4.000.000 las hectáreas que se queman por año en el Chaco Húmedo.
- 60.000.000 las hectáreas afectadas por erosión del suelo nacional (a las que se suman otras 650.000 cada año).

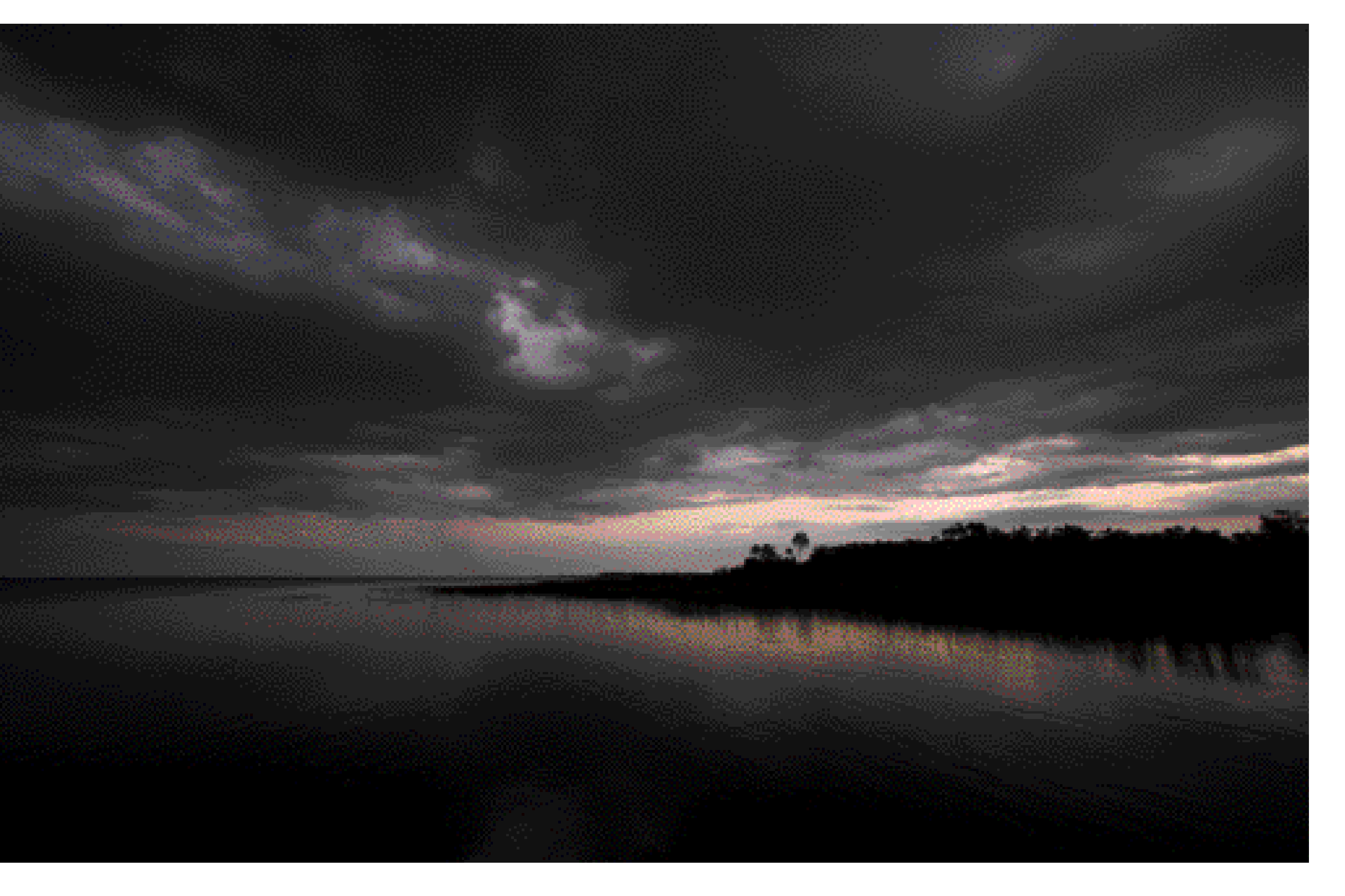
Basado en "Situación Ambiental Argentina 2005"

descubiertas y no están ocultas ni a salvo. Y son nuestros tesoros nacionales. Pensemos que entre nuestro stock de animales y plantas silvestres tenemos especies:

- **de valor alimenticio** (merluza, calamar, boga, palmito, yerba mate)
- **de interés para la pesca deportiva** (surubíes, dorado, pejerreyes)
- **de beneficio medicinal** (sauce criollo, armadillo de nueve bandas, peperina, pasionaria)
- **de utilidad industrial** (tanino de quebracho colorado)
- **de importancia textil** (chaguar, vicuña), **peletera** (zorros, nutria) y **marroquinera** (carpincho, yacarés, boa curiyú, iguanas overa y colorada)
- **de goce estético** (pequeños peces de agua dulce, orquídeas, cactus y helechos ornamentales)
- **de atractivo turístico** (ballenas francas, arrayán, alerce, palmera yatay)
- **de provecho maderero** (algarrobos, cedros y araucarias)
- **de rendimiento energético** (quebrachos, tolas)
- **de ayuda forrajera para el ganado** (gramíneas de los géneros *Poa*, *Stipa*, *Festuca*)

Además, deberíamos recordar que tanto la cultura como la naturaleza forman parte de nuestra identidad. Sucede que también nos distinguimos, reconocemos e identificamos por nuestra fauna, flora y paisajes. Para ratificarlo, repasemos los escudos provinciales, los nombres de marcas o equipos deportivos, nuestros dichos y refranes, nuestras leyendas, las letras de nuestras canciones folklóricas, muchos topónimos...

Entonces, para vivir mejor necesitamos cuidar estos recursos que satisfacen necesidades materiales y espirituales. Cuando tenemos que elegir un lugar de vacaciones no pensamos en un bosque incendiado o en una playa empetrolada. Todo lo contrario: buscamos lugares "lindos", es decir, bien conservaos, como los parques nacionales. Tampoco podemos ignorar que muchos bienes y servicios ambientales son de escala regional y que se sostienen gracias a que quedan en pie desiertos, pastizales, selvas, bosques y ambientes acuáticos. Y, si en la Argentina de hoy, no hay más hambre y pobreza es porque todavía



quedan recursos en la naturaleza. En función de ello, no es lo mismo vivir dentro de ella, que en su periferia o lejos. La percepción sobre esa dependencia es bien distinta.

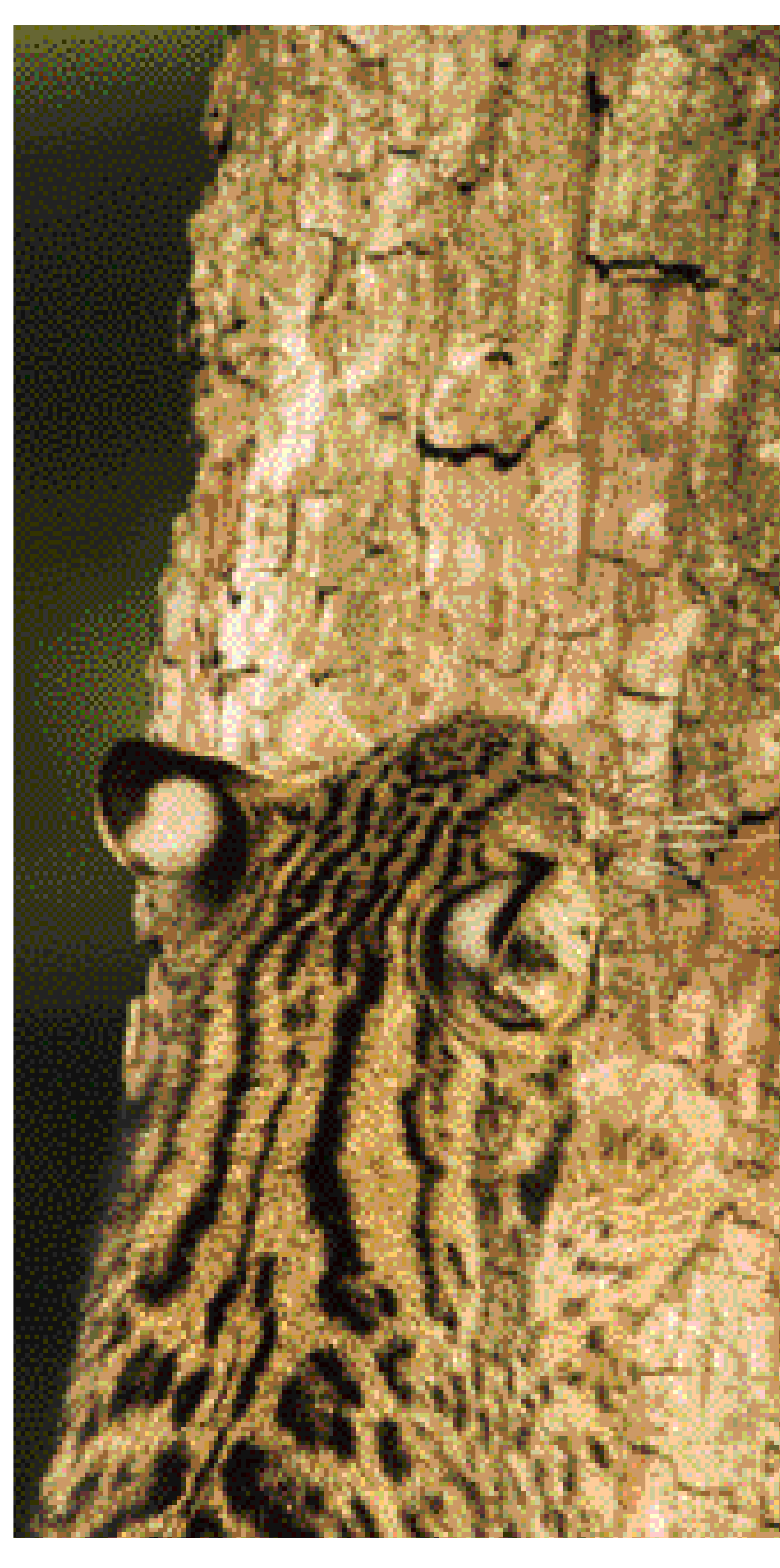
Una caminata selvática y una encuesta urbana

Guillermo Enrique Hudson decía que los interesados por la naturaleza tenemos el privilegio de no aburrirnos nunca, porque en ella todo nos puede despertar curiosidad o interés. El problema lo tenemos cuando la vamos arrasando y sus reducidos muestrarios quedan cada vez más lejos. Sobre todo de la gente que vive en las grandes ciudades. En relación con esto, le propongo imaginar dos situaciones. La primera: supongamos que participamos de un viaje ecoturístico junto con los más grandes especialistas argentinos de la zoología y de la botánica. Llegamos a la selva misionera y, en medio de la caminata, les pedimos que identifiquen y nombren todas las especies que vamos viendo. Nos detendremos largos ratos en cada metro cuadrado y desfilarán largas listas de nombres, pero el resultado sería claro: es imposible conocer cada parte de un todo tan complejo. De hecho, pese a que el país cuenta con especialistas en las más diversas ramas de la zoología y de la botánica todavía no contamos con un inventario completo de nuestras especies.

Ahora, va la segunda situación, que es más urbana y fácil de imaginar. Si hiciéramos una encuesta en nuestro barrio sobre cuántas especies de animales autóctonos podemos mencionar, ¿cómo creemos que nos iría? ¿Y si preguntáramos lo mismo sobre plantas autóctonas? Seguramente, pocos se lucirían con sus conocimientos sobre la biodiversidad nacional.

En los dos casos se manifestaría que los argentinos (científicos incluidos) no conocemos bien nuestro patrimonio natural. Y si replicáramos estos dos ejercicios en un país desarrollado el resultado –probablemente- no sería muy diferente. Sin embargo, esa nación seguro contaría con algo que nosotros no tenemos: libros, informes o documentos en internet con los inventarios completos y hasta actualizados del elenco de especies que conforman su riqueza natural.

Además, hay algo más preocupante que el desconocimiento popular: el que exhiben muchos (por no decir la mayoría) de los funcionarios que administran los recursos naturales. Es fácil suponer, entonces, que si ellos los conocen poco co-



rren el riesgo de administrarlos mal. El resultado ya puede imaginarlo y cualquier trágica similitud con la realidad de la provincia que guste elegir no será pura casualidad. Más bien es causalidad. Pero, ¿por qué sucede esto? ¿Por qué conocemos tan poco nuestro patrimonio? Una respuesta rápida podría traducirse en que esto no nos desvela. Y la principal consecuencia del desconocimiento es la ignorancia, que es pariente de la torpeza. Es que si conocemos poco queremos poco. Si queremos poco nos preocupamos poco. Si nos preocupamos poco perdemos mucho. Si perdemos mucho amenazamos todo. Si amenazamos todo podemos terminar en la nada. Este no es un poema taoísta, sino una posible realidad en tierras criollas.

Comparando experiencias

Apelo una vez más a su imaginación o a su memoria. Si vio por televisión "La aventura del hombre" o "Historias de la Argentina secreta", si escuchó por radio el programa "Orígenes" (conducido por el inolvidable Guillermo Magrassi) o si leyó los libros de Miguel Ángel Palermo, lo que le propongo no es muy distinto. Por un momento, volvamos a la selva para encontrarnos con una comunidad aborigen. Nos entrevistamos con sus miembros y les preguntamos qué es la naturaleza para ellos. Seguramente, no tardarán en expresar algo parecido a un "todo". Y si logramos desglosar ese significado, se desprenderá que en ella encuentran remedios, alimentos, animales de compañía, maderas, leña, adornos, amuletos, ámbitos donde moran sus deidades o seres sobrenaturales y muchas otras cosas más.

... si conocemos poco queremos poco. Si queremos poco nos preocupamos poco. Si nos preocupamos poco perdemos mucho...

Si repetimos la experiencia con criollos o colonos rurales, el resultado cambiará, porque no ven con los mismos ojos a la misma selva. La conocen con menos detalle, no reconocen toda su "oferta" y aunque toman recursos (madereros, comestibles y medicinales) no lo hacen siempre ni de un modo sustentable. Incluso, tienen conflictos de convivencia, traducidos en desmonte o persecución a la fauna que ataca sus cultivos o sus animales domésticos.

Por último, si el ejercicio lo hacemos con habitantes de una ciudad (lejos del monte) los lazos que tienen con la naturaleza se verán diluidos, desdibujados, olvidados o ausentes. Si les preguntamos qué representa para ellos, no faltará quien podría sintetizar un concepto parecido a "nada". Para no pocas personas, la biodiversidad no sólo está lejos. Además, ignoran –y por lo tanto no agradecen- los beneficios cotidianos que reciben de ella. O acaso, ¿todos tenemos presente que la aspirina que alivia el dolor de nuestra cabeza se extrae del sauce criollo que crece en nuestro litoral? Nuestra generación no toma los productos de la selva, sino del supermercado.



Nuestros recursos no vienen con hojarasca, sino en envases artificiales. ¿Cómo imaginar entonces que vienen de pastizales, desiertos, mares, bosques o selvas?

Hasta el pescado de mar viene disfrazado de milanesitas con forma de... ¡dinosaurios! Como para que los chicos entiendan algo. Por eso, no sería mala idea incorporar a las etiquetas de los productos un renglón que revele su origen. Por ejemplo: "preparado con merluzas del Atlántico Sur". O bien: "este producto se obtiene de hojas de la yerba mate, autóctona de la selva misionera". Y, si procedieran de un uso sustentable, aclararlo también. ¿Es mucho pedir?

¿Y, ahora, qué hacemos?

No pretendo darle un dolor de cabeza con estos planteos, sino alentarlo a redescubrir nuestros paisajes y sus contenidos. A no quedarnos con la postal. A caminarlos y ver todo lo que hay adentro. A conversar con los pobladores más antiguos, esos que conservan la memoria del paisaje y que pueden contarnos cómo era todo antes, para que podamos evaluar las tendencias ambientales. A saber cómo se llaman y para qué "sirven" nuestras plantas y animales silvestres. A comprender cómo "funciona" un bosque y cómo "hace" para regular el clima y evitar inundaciones. A tener más presente sus dramas. A acompañar las buenas decisiones públicas y a cuestionar las malas.

Una buena sociedad necesita de buenas personas. Es difícil pensar en una sociedad correcta conformada por otro tipo de gente. Y es difícil creer que podamos alcanzar un modelo de desarrollo sustentable con hábitos de consumo que no lo son. Muchas de nuestras actitudes cotidianas, parecen lo que el antropólogo Harris Memel-Fote catalogó de cosmofágicas o devoradoras del entorno. Por eso, debemos fortalecer ideales y sueños comunes, informarnos mejor, ser coherentes y obrar en consecuencia, con vocación, perseverancia, pasión, seriedad y fortaleza moral. De lo contrario, sólo seremos vacías voces de protesta, intelectuales melancólicos o soñadores pasivos. En este contexto, ¡cómo no pensar en la educación! Ya lo escribió Manuel Belgrano hace casi dos siglos: "sin educación nunca seremos más que lo que desgraciadamente somos." A lo que podríamos agregar que sin educación nos seguirá yendo como nos va. En uno de sus prólogos, Borges dijo que no sabía si la educación podía salvarnos, pero que no conocía nada mejor. Seguramente en esta compleja red de ciudades que es la vida, no será la única avenida empedrada y con baches que habrá que pavimentar, pero es una que lleva rápido a destinos concretos. Y los problemas ambientales son concretos. No nos hace falta tener presentes las amenazas del Apocalipsis de San Juan para albergar cierta preocupación por mañana. Cuando hablamos del desarrollo nacional (en definitiva, de nuestro destino) es inevitable no toparse con angustias, ansiedad y alguna perplejidad. Pero tenemos la obligación de cultivar esperanzas, de ser buenos ciudadanos y de recordar lo que dijo un naturalista: a veces, todo patriota debe estar preparado para defender a su país contra su gobierno.

No tengo dudas: si Florián Paucke, el Perito Moreno, Florentino Ameghino, Eduardo Holmberg y Ángel Gallardo vivieran estarían de nuestro lado. La crisis ambiental es tal que ya no defendemos la naturaleza sino el sentido común.

Nuestros recursos no vienen con hojarasca, sino en envases artificiales. ¿Cómo imaginar entonces que vienen de pastizales, desiertos, mares, bosques o selvas?

Categorías (de la UICN)	Algunos ejemplos (son más de 200 las especies argentinas que figuran en la última Lista Roja de la UICN)
"Extinguidas"	Desaparecieron del mundo y de la Argentina: el distícido de D'Orbigny (*Rhantus orbignyi*), uno de los caracoles de Apipé (*Aylacostoma* sp.), el zorro-lobo de las Malvinas (*Lycalopex australis*), la lagartija de los exploradores (*Liolaemus exploratorum*), el guacamayo azul (*Anodorhynchus glaucus*) y, ta vez, la ranita de Atacama (*Telmatobius atacamensis*). A estas debemos sumarles especies extinguidas en territorio argentino, pero con poblaciones que sobreviven en países vecinos, como la nutria gigante (*Pteronura brasiliensis*).
"Extinguidos en estado silvestre"	Los Caracoles de Apipé (*Aylacostoma chloroticum*, *A. guaraniticum* y *A. stigmaticum*).
"En peligro crítico"	La ranita andina (*Alsodes montanus*), la rana el Somuncurá (*Somuncuria somuncurensis*), el pino Paraná (*Araucaria angustifolia*), la chinchilla de cola corta (*Chinchilla brevicaudata*), el pato serrucho (*Mergus octosetaceus*), el chorlo polar (*Numenius borealis*), el gatuso (*Mustelus fasciatus*), el pez sierra (*Pristis pectinata*) y el capuchino de collar (*Sporophila zelichi*).
"En peligro"	El palo rosa (*Aspidosperma polyneuron*), la mojarra desnuda (*Gymnocharacinus bergii*), la raya pintada (*Atlantoraja castelnaui*), la rana tractor (*Argenteohyla siemersi*), el cardenal amarillo (*Gubernatrix cristata*), la ballena azul (*Balaenoptera musculus*), el chancho quimilero (*Catagonus wagneri*), el huemul (*Hippocamelus bisulcus*) y el gato andino (*Oreailurus jacobita*).
"Vulnerables"	El pehuén (*Araucaria araucana*), el lapacho amarillo (*Tabebuia lapacho*), el quebracho del cerro (*Schinopsis haenkeana*), el tiburón espinoso (*Squalus acanthias*), la ranita del Challhuaco (*Atelognathus nitoi*), el guacamayo verde (*Ara militaris*), el mirlo de agua (*Cinclus schulzi*), la loyca pampeana (*Sturnella defilippii*), el ciervo de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*), el monito de monte (*Dromiciops gliroides*) y el tapir (*Tapirus terrestris*).